

POR LA AUTORA DE *ROMPER EL CÍRCULO*

# Layla

COLLEEN  
HOOVER

 Planeta

COLLEEN HOOVER

# LAYLA

Traducción de Pilar de la Peña Minguell

 Planeta

## LA ENTREVISTA

Antes de bajar, le tapé la boca a Layla con dos vueltas de cinta para ductos, pero todavía oigo sus gritos ahogados mientras el investigador se sienta a la mesa.

Lleva una de esas grabadoras antiguas de las películas de los ochenta, de unos veinticinco centímetros de largo por quince de ancho y con un botón rojo grande a la izquierda, que pulsa a la vez que el de reproducción para empezar a grabar. Luego desliza el aparato al centro de la mesa. Los carretes de la cinta se ponen a girar.

—Indique su nombre, por favor —me dice.

Me aclaro la garganta.

—Leeds Gabriel.

La tapa del compartimento de las pilas está sujeta con un trozo desgastado de cinta que sube por el aparato. Me hace gracia pensar que esta antigüedad vaya a grabar lo que yo diga y eso vaya a servir para algo.

A estas alturas, ya todo me da igual. No hay luz al final del túnel; ni siquiera sé si el túnel tiene final.

¿Cómo voy a esperar una salida con lo que se han descontrolado las cosas? Estoy hablando con un investigador

al que he conocido por internet, mientras mi novia está arriba, a punto de perder la maldita cabeza.

Repunta el ruido en el dormitorio, como si Layla supiera que hablo de ella. La cabecera de madera golpea la pared y produce un eco espeluznante en esta casa vacía.

—Bueno —dice el hombre—, ¿por dónde quiere empezar? —Parece que el ruido no le perturba, pero yo no sé si voy a poder aguantarlo. Saber que Layla está sufriendo por mi culpa no es algo fácil de ignorar. Cada golpe me provoca un estremecimiento—. ¿Y si empezamos por cómo se conocieron?

No me atrevo a contestar preguntas que sé que no van a dar soluciones, pero, ahora mismo, prefiero oír mi voz a los gritos ahogados de Layla.

—Nos conocimos el verano pasado. Esto antes era una posada. Yo tocaba el bajo en la banda que habían contratado para la boda de su hermana. —Ni se inmuta. Se recuesta en la silla y me mira en silencio. No sé qué más decir. ¿Necesita más detalles?—. ¿Qué tiene que ver cómo conocí a Layla con lo que está pasando en esta casa?

El hombre niega con la cabeza, se inclina hacia delante y cruza los brazos sobre la mesa.

—Nada, a lo mejor. Pero a eso he venido, Leeds; cualquier cosa podría ser una pista. Necesito que evoque su primer día aquí. ¿Cómo iba vestida Layla? ¿Qué hacían los dos en la casa? ¿Qué fue lo primero que le dijo ella? ¿Notaron algo raro esa noche? Cuanta más información me dé, mejor. No hay detalle insignificante.

Planto los codos en la mesa y me tapo los oídos con las manos para aislarme del ruido que Layla está haciendo arriba. No soporto verla tan perturbada. La quiero

muchísimo, pero no sé si puedo ponerme a recordar por qué la quiero tanto con lo mal que la estoy haciendo pasar.

Procuro no pensar en lo perfecto que era todo al principio; cuando lo hago, se acentúa la sensación de que es culpa mía que la cosa se haya echado a perder así.

Cierro los ojos y pienso en la noche en que la conocí, en la época en que todo era más fácil, en que la ignorancia era una auténtica bendición.

—Bailaba muuuuy mal. Eso fue lo primero que me llamó la atención de ella...

Baila terrible.

Eso es lo primero que me llama la atención de ella desde el escenario, donde estoy tocando para un grupo cada vez más reducido de personas. Tiene unos brazos muy largos, que no controla; va descalza y se mueve por el pasto dando pisotones e ignorando deliberadamente la sutileza que se espera de un tema como el que interpretamos. Sacude la cabeza a lo loco y agita los rizados negros y alborotados como si improvisara la coreografía de un tema de *heavy metal*.

Lo gracioso es que nuestra banda es de *country* moderno. Moderno y soso. Un repertorio completo de temas insufribles de escuchar y aún más de tocar.

Garrett's Band.

Así se llama: Garrett's Band. A Garrett no se le ocurrió nada mejor.

Yo soy el cuarto miembro oficioso, el último en incorporarse a la banda. Toco el bajo. No el contrabajo, el que se toca de pie e inspira respeto, sino el bajo eléctrico, ese instrumento minusvalorado e invisible que suele tocar el miembro también invisible de la banda, el que queda diluido en todas las canciones. Claro que a mí no me

importa estar en segundo plano; a lo mejor por eso prefiero el bajo eléctrico a cualquier otra cosa.

Después de estudiar música en Belmont, mi objetivo era ser cantautor, pero no ayudo a Garrett a componer estas canciones. Él no quiere ayuda. No entendemos la música de la misma forma, así que compongo para mí y me guardo las canciones para un futuro en el que tenga el valor de sacar un álbum en solitario.

La banda ha ganado popularidad los últimos años, y aunque nos llaman más —con lo que también nos pagan mejor—, mi tarifa como bajista no ha variado. He pensado en comentarlo con el resto de la banda, pero dudo que valga la pena. Además, a ellos el dinero les hace más falta que a mí. Eso por no hablar de que, si abordo el asunto, igual me ofrecen un puesto fijo en la banda y, la verdad, odio tantísimo esta música que me da vergüenza hasta estar aquí plantado.

Cada bolo me devora un poco el alma. Un mordisquito aquí, otro allá. Tengo miedo de que, si sigo haciendo esto mucho tiempo, ya solo quede de mí un cuerpo.

Lo cierto es que no sé qué me retiene. Cuando me uní a la banda, no pretendía que fuera algo permanente, pero, por la razón que sea, no consigo mover el trasero y largarme. Mi padre murió cuando yo tenía dieciocho años y, como consecuencia de su muerte, nunca he padecido problemas de dinero: nos dejó a mi madre y a mí una póliza de seguros sustanciosa, además de una empresa de instalaciones de internet que va sola y cuyos empleados están bastante bien sin que yo entre en escena y les fastidie años de buen funcionamiento. Así que mi madre y yo nos mantenemos al margen y vivimos de rentas.

Es algo que sin duda agradezco, pero no de lo que me sienta orgulloso. Si la gente supiera lo poco que se me exige en esta vida, nadie me respetaría. Quizá por eso sigo en la banda. Mucho viaje, mucho trabajo y mucho trasnochamiento, pero la tortura autoimpuesta me produce la sensación de que al menos merezco una parte de lo que tengo en la cuenta bancaria.

Desde el sitio que me corresponde en el escenario, observo a la chica mientras toco, preguntándome si estará borracha, drogada o si, a lo mejor, con su forma de bailar pretende burlarse de lo patética que es nuestra banda. Sea cual sea la razón por la que anda convulsionando como un pez fuera del agua, se lo agradezco: hace tiempo que no me divertía tanto durante un concierto. Incluso me sorprendo sonriendo en algún momento, algo que no sé ni cuánto hace que no me pasaba. ¡Y pensar que no quería venir!

Puede que sea el ambiente: lo apagado que es este sitio y que ya hace rato que ha terminado la boda. Tal vez sea porque nadie nos presta atención y el noventa por ciento de los invitados se ha ido. A lo mejor son los trocitos de pasto que lleva la chica en el pelo y las manchas verdes que tiene por todo el vestido, de las tres veces que ha terminado cayéndose en lo que va de canción. O igual son los seis meses de sequía con los que me he castigado desde que rompí con mi ex.

Quizá sea una combinación de todo lo que hace que, esta noche, solo me fije en esa chica. Tampoco es de extrañar, porque, aun con el maquillaje corrido por las mejillas y un par de rizos pegados a la frente por el sudor, es la más guapa de la fiesta. Con lo que resulta aún más raro que

nadie le haga caso. Los pocos invitados que quedan se reúnen con los recién casados en torno a la alberca mientras tocamos el último tema de la velada.

Mi terrible bailarina es la única que aún nos escucha cuando, por fin, terminamos y empezamos a recoger.

Me dirijo al fondo del escenario a guardar el bajo en su funda y la oigo gritar: «¡Otra, otra...!». Cierro el estuche a toda prisa y rezo por ser capaz de localizarla cuando hayamos cargado los instrumentos en la camioneta.

Como somos cuatro, hemos reservado dos habitaciones en la posada. Son doce horas por carretera hasta Nashville, y a ninguno quiso viajar de noche.

El novio se acerca a Garrett cuando está cerrando los portones de la camioneta y nos invita a una copa. En circunstancias normales, yo habría declinado el ofrecimiento, pero albergo la esperanza de volver a ver a la bailarina pésima. Era entretenida. Además, me ha gustado que no canturreara ninguno de los temas. No sé si podría sentirme atraído por una chica a la que le guste de verdad la música de Garrett.

La encuentro en la alberca, flotando bocarriba, con el vestido de dama de honor color crema aún puesto y lleno de manchas verdes.

No hay nadie más en el agua, así que tomo una cerveza, me acerco adonde cubre, me descalzo y meto las piernas en el agua, con *jeans* y todo.

Las olitas que genera mi cuerpo terminan llegándole, pero no levanta la vista para ver quién le está haciendo compañía. Continúa mirando al cielo, tan silenciosa e inmóvil como un tronco a la deriva. ¡Qué contraste con su absurda exhibición de antes!

Cuando llevo unos minutos observándola, el agua la engulle del todo y desaparece. De pronto saca las manos y asoma la cabeza a la superficie, mirándome directamente, como si supiera que llevo aquí todo el tiempo.

Se mantiene a flote con pequeños movimientos de los pies y agitando los brazos por encima del agua. Despacio, salva la distancia que nos separa, se sitúa justo delante de mis piernas y me escudriña desde abajo. Tengo la luna a la espalda y los ojos de la chica reflejan su resplandor como dos focos.

Desde el escenario me parecía guapa, pero, ahora que la tengo a treinta centímetros, compruebo que es lo más hermoso que he visto en mi vida. Labios carnosos y rosados, y una mandíbula delicada que me gustaría acariciar. Sus ojos son tan verdes como el pasto que rodea la alberca. Me dan ganas de meterme dentro con ella, pero llevo el celular en el bolsillo y una lata de cerveza empezada en la mano.

—¿Alguna vez has visto uno de esos videos de YouTube de personas que se mueren por dentro? —me dice.

No tengo ni idea de por qué me hace esa pregunta, pero cualquier cosa que hubiera salido de su boca me habría producido el mismo escalofrío que esas palabras. Su voz es etérea y ligera, como si le brotara sin esfuerzo de la garganta.

—No —contesto.

Le falta un poco el aire, de mantenerse a flote.

—Son recopilaciones de cosas embarazosas que le pasan a la gente. La cámara siempre hace primeros planos de sus caras en los peores momentos y, por sus gestos, parece que se mueren por dentro. —Se quita el agua de los ojos—. Esa era la cara que tenías en el escenario esta noche, como si te estuvieras muriendo por dentro.

No recuerdo haberla visto mirar al escenario, y menos aún mirarme a mí lo suficiente como para identificar con tanto acierto lo que siento cuando me veo obligado a tocar esa mierda de canciones.

—Ya estoy muerto por dentro. Morí la primera noche que toqué con esa banda.

—Eso me parecía. ¿Te ha gustado mi baile? Intentaba animarte.

Asiento y doy un trago a la cerveza.

—Pues ha funcionado.

Sonríe y se sumerge unos segundos. Cuando se asoma de nuevo, se aparta el pelo de la cara y dice:

—¿Tienes novia?

—No.

—¿Novio?

—No.

—¿Mujer?

Niego con la cabeza.

—¿Amigos, por lo menos?

—La verdad es que no —confieso.

—¿Hermanos?

—Hijo único.

—Carajo, sí que estás solo. —Otra valoración muy acertada. Aunque, en mi caso, la soledad sea elegida—. ¿Quién es la persona más importante de tu vida? Los padres no cuentan.

—¿Ahora mismo?

—Sí, ahora mismo. ¿Quién es la persona más importante de tu vida?

Medito la pregunta un momento y caigo en cuenta de que no me dejaría pegar un tiro por nadie más que por mi

madre. Los de la banda me dan igual. Son más bien compañeros de trabajo con los que no comparto nada más. Y, como los padres no cuentan, esta chica es ahora mismo lo único que tengo en la cabeza.

—Supongo que tú —contesto.

Ladea la cabeza y entrecierra los ojos.

—¡Qué penita! —Levanta los pies y se aleja de mí, impulsándose en el trozo de pared de la alberca que tengo entre las piernas—. Entonces, más vale que te alegre la noche —dice con una sonrisa coqueta. Una insinuación.

Acepto la invitación dejando el celular en el borde de hormigón, al lado de la lata de cerveza ya vacía. Me quito la camisa y veo como me mira mientras me meto del todo en la alberca.

Ahora estamos al mismo nivel y, carajo, cada vez la veo más guapa.

Nadamos el uno alrededor del otro, en círculos, despacio, procurando no tocarnos, aunque es evidente que los dos queremos.

—¿Quién eres? —me pregunta.

—El bajista.

Ríe, y su risa es lo contrario de su voz etérea, brusca y contundente; puede que me guste incluso más que su voz.

—¿Cómo te llamas? —aclara.

—Leeds Gabriel.

Seguimos nadando en círculos, el uno frente al otro. Ella ladea de nuevo la cabeza y medita sobre mi nombre.

—Leeds Gabriel suena a líder de banda. ¿Por qué tocas en la de otro? —Sigue hablando como si, en el fondo, no esperara respuesta—. ¿Te pusieron ese nombre por la ciudad inglesa?

—Sí. ¿Cómo te llamas tú?

—Layla —susurra, como si fuera un secreto. Es el nombre perfecto, el único que podría haberme encajado para ella. Lo tengo clarísimo.

—Layla... —dice alguien a mi espalda—. Abre la boca.

Me giro y veo a la novia plantada detrás de mí, ofreciéndole algo a Layla, que se acerca nadando y saca la lengua. La novia le pone una pastillita blanca en el centro. Layla se la traga y, aunque no tengo ni idea de qué es, me parece de lo más sensual.

A ella no le pasa desapercibido que su boca me tiene hipnotizado.

—Leeds también quiere una —dice, y extiende la mano para que le dé otra.

La novia se la da y se va. No pregunto qué es, me da igual. Deseo tanto a esa mujer que voy a ser el Romeo de su Julieta y aceptaré cualquier veneno que quiera ponerme en la lengua ahora mismo, sea lo que sea.

Abro la boca. Tiene los dedos mojados y parte de la pastilla ya se ha deshecho cuando me llega a la lengua. Está amarga y me cuesta tragármela sin agua, pero lo consigo. Mastico un trocito.

—¿Quién era la persona más importante de tu vida ayer, antes de que apareciera yo? —me pregunta.

—Yo mismo.

—¿Te he quitado el primer puesto?

—Eso parece.

Se desliza de espaldas con fluidez y facilidad, como si pasara más tiempo en el agua que en tierra firme. Vuelve a contemplar el cielo, con los brazos en cruz, inflando el pecho con una respiración profunda.

Pego la espalda al lateral de la alberca y estiro los brazos, agarrándome al borde. Se me empieza a acelerar el corazón y casi diría que mi sangre se ha vuelto más densa.

No sé qué clase de droga me ha dado, seguramente eme o algún otro estimulante, porque me está haciendo efecto enseguida. Ahora mismo soy más consciente de todo lo que me pasa en el torso que en ninguna otra parte del cuerpo. Me noto el corazón inflado, como si no me cupiera en la caja torácica.

Layla aún flota bocarriba, pero tiene la coronilla pegada a mi pecho. Está justo delante de mí. Si me inclino un poco hacia delante, no le dejo ver el cielo. Me va a ver solo a mí.

¡Carajo, cómo pega la mierda esta! Me siento bien, seguro de mí mismo.

El agua está tan en calma a nuestro alrededor que parece que ella flota en el aire. Ha cerrado los ojos, pero, cuando topa con la cabeza contra mi pecho, me mira, con la cara al revés, como esperando a que haga algo.

Así que lo hago.

Me agacho lo justo para posar suavemente los labios en los suyos. Nos besamos al revés, yo atrapando su labio inferior. Su boca es como una suave explosión que activa campos de minas ocultos bajo cada centímetro de mi piel. Es raro y fascinante, porque ella sigue bocarriba, flotando en el agua. Nuestras lenguas se rozan y, no sé bien por qué, no me siento digno de tocarla, así que dejo los brazos donde están, sobre el borde de la alberca.

Ella también los mantiene extendidos y lo único que mueve es la boca. Me alegro de que nuestro primer beso sea boca abajo, porque eso me da muchísimo margen para esperar con ilusión uno en condiciones. Nunca más voy a

querer besar a una chica si no es drogado por lo que sea que nos ha dado la novia. Es como si, con cada latido, el corazón se me redujera al tamaño de una moneda y luego creciera hasta alcanzar el tamaño de un tambor. No late como debería; ya no es ese suave *papam, papam, papam*. Es un *pim* y un *PAM*.

*Pim PAM, pim PAM, pim PAM.*

No puedo seguir besándola al revés. Me está volviendo loco, como si no acabáramos de encajar, y yo quiero que mi boca se ajuste perfectamente a la suya. La agarro de la cintura y la hago girar en el agua hasta tenerla de frente, y luego la jalo hacia mí. Me enrosca las piernas en la cintura, saca ambas manos del agua y se me cuelga del cuello; ahora soy lo único que la mantiene fuera del agua, pero tengo los brazos demasiado ocupados en su espalda, así que nos hundimos, y ninguno de los dos hace nada por evitarlo. Anclamos nuestras bocas justo antes de sumergirnos. No se cuele ni una sola gota de agua entre nuestros labios.

Nos vamos al fondo de la alberca, aún fundidos el uno con el otro. En cuanto tocamos el suelo, abrimos los ojos a la vez y nos apartamos para mirarnos. El pelo le flota alrededor de la cabeza y parece un ángel sumergido. Ojalá pudiera tomarle una foto.

Las burbujas de aire inundan el espacio que hay entre los dos, así que regresamos enseguida a la superficie.

Yo emerjo dos segundos antes que ella. Estamos el uno frente al otro, preparados para besarnos otra vez. Nos entrelazamos en la misma postura de antes y nuestras bocas se buscan, pero, en cuanto saboreo el cloro de sus labios, nos interrumpen unos aplausos.